

# Capítulo 4 - Luces Pálidas

- Capítulo 4 - Luces Pálidas

# Capítulo 4 - Luces Pálidas

“No aquí,” afirmó firmemente Song.

La vigilancia en la recepción se inclinó con entusiasmo, ojos brillantes ante la posibilidad de chismes. A Maryam no le importaría ventilar los oscuros secretos de Tredegar, pero no valía la pena pelear con Song por ello. No había nada que ganar, salvo la satisfacción de la mezquindad.

Subieron las escaleras, hacia un pasillo de piedra con alfombras de color naranja quemado. Se maravilló al notar que en los patrones estaban ocultos pequeños conejos saltarines, brincando alegremente. En cada lado del pasillo y en las escaleras que subían por el extremo izquierdo, había puertas numeradas. Siempre le impresionaba cómo los mornaric—los pueblos navegantes—eran tan hábiles para construir hacia arriba. Debe ser porque vivían en espacios tan reducidos, pensó.

Su habitación quedaba en el extremo derecho del pasillo, frente a las escaleras. Número veintisiete, aunque no podía haber tantas habitaciones en el albergue. ¿Alguna superstición local? Tristan desbloqueó la puerta y a Maryam le hizo gracia darse cuenta de que nunca lo había visto usar una de las llaves. No que la necesitara si realmente quería entrar en una habitación. Le había mostrado su kit en las Horas Justas, entre ganzúas y la llave maestra, no habría mucho que resistiera a un cerradura de éter.

La última en entrar, Maryam cerró la puerta tras de sí. Su habitación era espaciosa y limpia: seis camas, en dos filas de tres contra cada pared, y en cada fila un tocador y lavabo. Al final de cada cama, un baúl de madera con una llave encima, y frente a la calle, una amplia ventana doble con persianas abiertas. La luz del orrery filtraba, posándose sobre un pequeño escritorio de escritura equipado con tinta y papel, y cuatro lámparas de aceite sin encender colgaban de largas varillas de hierro clavadas en las paredes.

La mirada de Maryam se quedó en el destello de plata que permanecía sobre el escritorio, enviando su nave para degustarla. Para su espíritu-efigie, la éter parecía... clandestina. Una luz para ladrones y secretos, para emboscadas. Cada estrella falsa del Gran Orrery portaba una voluntad, una orden, como si ningún dos Antiguos hubieran podido ponerse de acuerdo sobre qué estaban construyendo. Sacudiéndose el pensamiento—y la mirada curiosa de Tristan—, deslizó su mochila del hombro y dejó que cayera al suelo.

Dioses, qué cansada estaba. Cada músculo le dolía. Sin embargo, Maryam apenas tuvo tiempo de ajustar sus hombros adoloridos antes de que Song se volviera hacia Tredegar.

“Por favor, expliquen,” dijo el Tianxi. “¿En qué problemas estamos involucrados?”

Nosotros, anotó Maryam. Song tenía demasiada prisa por arrastrarlos a todos en las complicaciones de Malani. Tristan eligió una cama junto a la ventana, dejando su mochila en el suelo y tendiéndose sobre las sábanas. Maryam tomó su bolso y se sentó en la cama junto a él,

vigilando a Tredegar, que aclaraba su garganta avergonzada.

"He sido invitada a una velada de ligeros refrigerios," dijo Angharad.

"Realmente, un grave peligro," opinó Tristan.

Maryam tragó una sonrisa. Su víbora, siempre lista para morder.

"Retirada total, cada mujer por sí misma," añadió sin perder el ritmo.

La Malani—a la que Maryam no referiría como Pereduri en sus pensamientos mientras la chica la llamara Triglau, pues era izvorica y Triglau era una palabra cuyo significado abarcaba a una docena de pueblos—, entrecerró los ojos hacia ellas. Erguida, Tredegar le entregó su invitación a Song, que la examinó mientras la noble se dignaba a explicar el significado para el resto de ellas.

"Una de las personas que me invitó es de noble linaje con un apellido Malani," dijo Tredegar.

"Tengo motivos para sospechar que sería un enemigo para mí."

Los Malani eran perros devorando a sus propios hijos, ¿quiénes no serían sus enemigos? Arrancarían las luces del firmamento mismo para engastar la corona de su Alta Reina, si tan solo alcanzaran la distancia. Todas las miradas estaban en Tredegar, incluso Tristan se levantó de la cama para observar, pero ahora los Malani dudaron. No era una parlanchina en lo que respectaba a sus secretos, esa sí.

A Maryam quizás le habría gustado aprobarlo, si esas secretos no ponerles en la mira y correr el riesgo de que les dispararan.

"Si vamos a enfrentarnos a tus enemigos contigo," dijo suavemente Song, "es lógico que nos informen sobre su rencor y naturaleza."

El toque de manos, Maryam lo despreciaba. Qué delicado era esto comparado con la charla de la Tianxi con ella en el barco. No, eso era injusto, decidió la mujer de piel pálida tras unos momentos. Maryam primero había alzado los puños y no había bondad en una pelea. Y lo que era más condenatorio, Song había interpretado bien a los Malani, pues apretó la mandíbula y comenzó a revelar sus secretos. Maryam podría argumentar muchas cosas, pero nunca sobre la victoria.

"Pertenezco a la Casa Tredegar, de Llanw Hall," dijo Tredegar. "Hace apenas unos meses, fue brutalmente masacrada y eliminada de las listas de nobleza Malani por el tribunal de la Alta Reina."

Maryam frunció el ceño. Pensaba que el Ducado de Peredur tenía su propia nobleza, llamados "pares" en lugar de "señores", pero recordaba haber oído que algunos nobles peredurinos adoptaban apellidos Malani. Quizás estaban relacionados.

"No sé por qué," dijo Tredegar, con la mandíbula apretada, "solo sé que asesinaron a mis familiares y a mis padres, e incluso a nuestros sirvientes. Fue..."

Angharad Tredegar respiró profundo, exhaló. No sería difícil sacar a la luz su dolor. La Izvorica no encontraba placer en su tristeza, pero tampoco podía sentir lástima por ella. ¿Cuántas madres y padres habían sido masacrados y comprados en nombre de la Casa Tredegar, convertidos en carne y ganado para pagar fiestas, tejas y elegantes hebillas? Era un acto maligno lo que se le había hecho a Angharad Tredegar.

Pero, ¿qué más daba cuando el mal había pagado por las propias botas que llevaba?

"Sobreviví," continuó Tredegar, con la voz cargada de dolor, "y gracias a los preparativos de mi padre y a la ayuda de una casa aliada, logré huir de Malan en barco. Desde entonces, cazan a los que escapan."

Una pausa.

"La falsa Yarezi confesó haber sido contratada para matarme."

Esa revelación sorprendió. Tredegar no la había mencionado la noche en que eliminó a sus posibles asesinos. Maryam desvió la vista, sorprendida por un estorbo de compasión. Sabía algo sobre huir ante los Malani, hambrienta y perdida. Cuando volvió a mirar a la noble, la vio apartar la vista, con un leve tono de vergüenza en su rostro. Algo se le había escapado.

"La Escuela de Místicos no será tan fácil de infiltrar como el Dominio," dijo por fin Song. "Y aunque logren corromper a un estudiante, está prohibido matar."

"El secuestro no," intervino Tristan.

El hombre de cabello castaño seguía en cucullas en su cama, pero por mucho que aparentara relajación, Maryam percibía en sus ojos que era mentira. Estaban tranquilos, como un reloj que sigue su marcha. No olvidaría esa noche junto a las piedras elevadas, la forma en que sus manos temblaban, pero su mirada permanecía firme, hablando de sacar su camino de la tumba. Un hombre así se podía confiar, que enfrente el miedo sin dejar que lo controle. Era el único tipo de hombre en quien realmente se podía confiar.

— Si tuviera que organizarlo — continuó Tristan —, haría que la Lady Angharad fuera arrastrada a una nave y fusilada en el acto, en cuanto atravesáramos el Anillo de las Tormentas.

Tredegar inclinó la cabeza hacia él, sin sentirse ofendida en lo más mínimo por lo que alguien más podría haber interpretado como una amenaza. Nada sorprendente. Malani nunca confiaba en su palabra sin pensar en diez maneras de infringirla sin manchar esa pila de lagunas legales que llamaban honor. Sin embargo, al mirar el horizonte, esos dos habían pasado por alto la piedra en el zapato. Maryam aclaró su garganta, levantándose lentamente.

— No es una trampa — dijo ella.

Tredegar frunció el ceño, aunque la mujer de ojos azules se apoyó en la cómoda con tranquilidad.

— El libro de abajo — continuó Maryam —. El que la guardesa obtuvo tu invitación. Tenía unas cuantas invitaciones más escondidas, ¿verdad?

— Es cierto — coincidió Song de inmediato.

Tras unos momentos, Tredegar asintió en señal de acuerdo.

— Apuesto a que, si bajamos a mirar, cada una tendrá nombres diferentes — dijo. — Incluso apostaría a que, si acudimos a otro hostel, como las Bóvedas Esmeralda, ¿Song?

La Tianxi inclinó la cabeza, con los brazos cruzados.

— Si vamos a las Bóvedas Esmeralda, su registro en ese momento tendrá las mismas invitaciones, insertadas en el mismo lugar — afirmó Maryam. — Los anfitriones las tendrán por todas partes. No hay forma de saber en qué habitación dormirán los estudiantes después de llegar, así que la forma más segura de encontrarlos es dejando esas cartas en su vista. Probablemente invitaron a todos los estudiantes nobles y tú figuraste en la lista.

— Entonces, ofreces una o dos monedas de plata por difundir la noticia de que recibiste la invitación, y muy pronto te enterarás — musitó Tristan —. Es un método sensato.

Y uno que no requiere sirvientes, solo monedas. Tredegar apretó el interior de su mejilla, con gesto amargo. Probablemente desaprobaba lo cercano que sonaba al soborno, adivinó Maryam.

— El hombre de la capa negra decía que tuve suerte de llegar a tiempo — reconoció finalmente Malani —. Eso implica que la noche ha sido planeada desde hace un tiempo, y no habría mucho espacio para tramar entre la noticia de mi supervivencia en el Dominio y nuestra llegada aquí.

La expresión de su rostro se profundizó.

— Pero, ¿cómo sabrían de mi venida si no es a través de mis enemigos? — preguntó.

Inocente, pensó, viniendo de una muchacha cuyo tío centinela había relleno cada bolsón de capa negra en el Dominio para ayudarla a sobrevivir. Nadie en la Scholomance carecería de patrones en la Vigilancia. Incluso Maryam tenía uno, aunque estaba en un mundo lejano de la Mar de Treb y su influencia, por consiguiente, escasa.

— De la misma forma en que conseguí estar en la Bluebell — respondió Song —. Conexiones en la Vigilancia. Supongo que tu condición de bailarina en el espejo está en tus registros, y eso atraerá atención. Probablemente sea un intento de establecer lazos, o incluso de usar la competencia, más que algo más siniestro.

Habría sido agradable imaginar que Tredegar podía ser intercambiada por otra cabalista — una Lierganesa o Tianxi sería lo ideal, suelen ser las más tolerantes —, pero Maryam sabía que eso no era posible. Song no lo permitiría.

— Aún diría que lo has acertado, Tredegar — musitó Tristan, acariciándose la barbilla sin barba —. Quizá los que organizan la fiesta no quieran verte con la cabeza en una cesta, pero donde hay un noble, siempre hay más. Si un alto rango Malani organizó la fiesta...

— Seguramente habrá más asistentes — dijo Tredegar, con los puños apretados. — Casi con seguridad. Entonces, declinaré asistir.

Maryam negó con la cabeza, un gesto que capturó sus miradas. Se apartó suavemente del tocador, que había sentido comenzar a inclinarse.

“Es mejor sitiarse que ser sitiado,” citó. “Si te refugias tras tus muros, tu enemigo queda en dominancia del territorio.”

¿Un manual de guerra Triglau? —preguntó Song, con curiosidad en su voz.

Son las palabras de un general, —contestó Maryam, refiriéndose a mi madre.

Sus ojos buscaron los de Tredegar.

“¿Si tu enemigo es tan rico y poderoso como crees, realmente es alguien contra quien puedas resistir más tiempo?”

La retirada hacia los castillos en las colinas había sido una muerte más lenta, pero seguía siendo una muerte. Madre había visto esa verdad incluso cuando los reyes hablaban de ceder Zarla's Drift y toda Dubrik a los Malani, de abandonar las tierras llanas donde sus mosquetes dominaban, para sangrarles por los senderos de cabras en cambio. Los reyes decían que acabarían cansándose de las incursiones y emboscadas, y que tarde o temprano el Mornaric se marcharía o que la vieja ruta comercial volvería a abrirse. Solo que los Malani no se cansaron, no se fueron. Construyeron fortalezas, trajeron colonos, cañones y sacerdotes.

Y cuando finalmente los reyes comprendieron que los Malani estaban allí para quedarse, ya era demasiado tarde.

Tredegar parpadeó sorprendido, pero lentamente asintió. Existía una tensión en aquel silencio que hacía que Maryam se sintiera incómoda, pues era difícil de nombrar.

“Fingido,” dijo Tristan con tono pausado. “En casa, simplemente decimos que la mejor manera de saber qué hay dentro de una colmena es dándole una patada.”

Maryam le habría creído, si no fuera por la mirada astuta que lanzó a su capitán y que ocultaba tras una sonrisa ingenua.

Eso no es un dicho sacromontano —sentenció Song con firmeza.

Un sacromontano lo dice —propuso Tristan con tono burlón—. Así que, ya sabes, por la propiedad transitiva de las cosas—

Eso es una ley de las matemáticas, -interrumpió Tianxi, con expresión desconcertada-. ¿Cómo es que sabes incluso eso—

Emergió una disputa, irritada en un extremo y jubilosa en el otro, hasta que fue interrumpida de golpe. Tredegar se rió primero, pero pronto su risa se convirtió en un estallido prolongado, en algo profundo desde las entrañas. Maryam observó a los Malani con cautela, pues aquel sonido parecía menos felicidad y más una herida que se abre. Ella purgaba, y cuando los últimos restos de risa abandonaron a Tredegar, parecía agotada. Todos permanecieron en silencio, atentos a ella.

Disculpa -dijo Tredegar, con la voz áspera. Creo que estoy... cansada, creo.

Ha sido una larga serie de semanas -comentó Maryam con tono cauteloso-. Para todos nosotros.

Envió su sigilo, tanteando a los Malani, pero no sintió nada distinto de lo habitual en el éter: una mente aguda y estrecha, como una cuchilla. Tredegar asintió en señal de agradecimiento, y la mandíbula de Maryam se tensó. No buscaba gratitud, no por un gesto tan pequeño.

Se sintió demasiado como si estuviera en el error.

Song, que desde que empezó la charla había estado apoyada contra la pared con los brazos cruzados, de repente se apartó con determinación. Su rostro era resuelto.

Todos tenemos piedras colgando en nuestro cuello, -les dijo Song-. Es así como terminamos en el Dominio de las Cosas Perdidas en primer lugar. No voy a indagar en secretos —ni siquiera un capitán puede exigirlo—, pero las amenazas que podrían preocuparnos a todos son otro asunto.

Hizo una pausa, sus ojos plateados recorrieron toda la cábala.

Angharad ya compartió la suya. Es momento de que el resto hagamos lo mismo.

¿Vas a empezar tú, entonces? -preguntó Tristan, con tono distraído.

Demasiado distraído, pensó Maryam. Era un tipo de entusiasmo superficial que encubría ira o irritación. Tristan Abrascal había pasado la mayor parte de su vida con solo el firmamento por encima y nada más que sus pies para evitar que la muerte lo alcanzara. No sería pronto cuando dejara de ver a un capitán como algo más que un obstáculo con el que no quería gastar palabras.

“Si deseas,” respondió Song con un tono uniforme, sin morderse en la trampa. “Soy un Ren. Somos responsables de lo que las Repúblicas llaman el Apagón.”

Maryam había sentido fascinación desde hacía mucho tiempo por las historias de Tianxia, cuyos Luminares resonaban como las obras de los antiguos pintando las tierras altas con luces errantes. La República era un reino próspero, leía, porque se encontraba bajo grandes conductos de espejos que bañaban en luz dorada cientos de millas de pueblos y campos. Como había nueve Luminares y diez repúblicas, se organizaba una lotería para decidir qué tierra permanecería en la oscuridad hasta el próximo sorteo.

Pero en la segunda mitad de lo que los marineros denominaban el Siglo de las Velas, uno de estos Luminares había sido destruido.

“Tu familia rompió una novena parte del Cielo, me lo dijiste una vez,” dijo Angharad en voz baja.

Con la expresión impasible como una máscara de porcelana, Song asintió.

“Chaoxiang Ren, mi abuelo, tomó la decisión que derribó la torre de tres patas de la República de Jigong y rompió una novena parte del Cielo,” continuó, con un tono carente de emoción. “Desde entonces, Jigong ha sido condenado a la oscuridad como castigo y será así por siempre.”

Ella tragó saliva.

“Todos los que llevan el apellido Ren son despreciados, sin importar la relación con mi línea familiar, pero yo soy de descendencia directa,” afirmó. “Mis parientes tuvieron que huir de Jigong, pero el odio no entiende de fronteras. Mis compatriotas a veces intentarán hacerme daño sin motivo mayor que mi nombre, y los de Jigong quizás hasta intenten quitarme la vida directamente.”

Ese legado era la mitad de la razón por la que se conocían en realidad. La mera novedad de que ella estuviera advertida de no sentarse con alguien en la sala de comidas había sido suficiente para que Maryam buscara a la Tianxi comiendo sola en un rincón, tratado como si portara la peste. La Izvorica había pasado una semana en el Nido, esperando que el capitán Falade tuviera tiempo para evaluar su ocultación y decidir si aceptaría la recomendación de su patrocinador, de las cuales solo tres días coincidieron con la estancia de Song en la fortaleza-isla.

Había bastado para que formaran una especie de alianza, si es que así podía llamarse, solo porque la forma en que los otros candidatos en el Nido las trataban dejaba claro que carecían de posibles aliados. El silencio se instaló tras las palabras de Song, pues la gravedad de su discurso había vuelto todo demasiado real.

Tristan pasó la mano por su cabello y suspiró.

“No sé por qué me persiguen,” dijo, algo que Maryam sospechó que era la verdad. “Pero puedo decir esto: soy huérfano y no por casualidad. Haré pagar ese favor en forma proporcional a los responsables — y en esa lista está el nombre de un poderoso infanzón. Esa búsqueda podría atraer enemistades hacia nosotros.”

Eso fue más de lo que ella esperaba que dijera. Sabía de su parte evitar mencionar a Cerdan, considerando que Tredegar no era un tonto incapaz de hacer sumas básicas, pero tarde o temprano esa información saldría a la luz. Aun así, la mirada de aprobación que la Malani le dirigía al mencionar venganza sangrienta le hizo pensar que, si jugaba bien esa conversación, podría terminar sin una espada en el vientre. Tredegar no era un hipócrita en formas demasiado evidentes — no condenaría la venganza de alguien al mismo tiempo que juraba la propia.

Sus ojos se posaron en Maryam, la última de la lista, y la mujer de ojos azules mordió su labio con preocupación. Ella tenía secretos, pero ninguno que implicara enemigos y sus ambiciones seguirían

siendo solo tuyas. Sin embargo, tenía una... situación.

“No tengo enemigos grandes, salvo aquellos que mi color me procurará,” dijo finalmente Maryam. “Pero tal vez exista un peligro más cercano y peligroso.”

La mujer pálida cerró el puño, los dedos de madera con los que había sido equipada en Tres Álamos crujieron. La mitad del tiempo olvidaba que los había perdido alguna vez, y cuando intentaba lanzar una moneda parecía la peor torpeza del mundo.

“Hay algo extraño en mi forma de significar,” admitió Maryam. “Tengo gran destreza con los Signos Autárquicos — los más raros y difíciles de las Artes — pero me cuesta incluso con las manifestaciones más simples. Eso es...”

Se quedó callada.

“No existe tal cosa como una anomalía segura en el significar,” afirmó. “Es una mecha encendida cuya longitud desconozco, y si no encuentro la raíz del problema, no puedo prever qué sucederá cuando llegue a la pólvora.”

Ese fue el primer aprendizaje del significar, el que todo Navegante debía interiorizar. No hay forma inocua de usar la Gloam. Has bebido veneno y te matará: la única duda es cuánto tiempo tardará. Maryam sabía que debía ser la naturaleza insólita de su ocultación la responsable de su bloqueo, pero no debía ser así — respiró profundo, calmó su mente. No era momento ni lugar. Buscaría la rama local y, con ella, la orientación de un Navegante.

“Con el tiempo,” habló Song en medio del silencio, “esperamos compartir detalles sobre contratos y Signos, para que podamos planificar en consecuencia.”

Antes de que alguien pudiera añadir algo, levantó una mano en señal de detención.

“Es un comienzo, y todavía somos extraños,” dijo. “No debemos forzar estas cosas. Además, tenemos una consideración más apremiante.”

Sus ojos plateados se deslizaron hacia Tredegar.

“Si reconsideras asistir esta noche, hay oportunidades allí,” afirmó. “La supuesta reunión en la Plaza del Misericordioso mañana parece destinada, creo yo, a los rezagados y desesperados. Los más hábiles ya habrán formado células, y acudir a esa social será una manera de revelar quiénes serán nuestros rivales más influyentes. Y en cuanto a enemigos, sería mejor descubrirlos mediante...”

“¿Echarles a la colmena?” sugirió Tredegar con ligera ironía.

Tristan le sonrió, su placer reflejado en la expresión de Song. Maryam sentía cierta molestia por las ocasionales ocurrencias de Malani, que hacían más difícil que ella los despreciara por completo.

“Si vas a tener enemigos, lo mejor será aprender quiénes son ahora y prepararte para enfrentarlos,” dijo Song con pragmatismo. “En esto coincido con Maryam — es mejor buscarlos que esperar a que nos encuentren. Dicho esto, sería imprudente enviarte sola.”

Tredegar lanzó destellos hacia la Izvorica y luego a Tristan. Un momento de silencio.

“Deberíamos ducharnos antes de partir,” sugirió la Malani a Song. “Y conseguir un uniforme nuevo, al menos.”

Maryam sonrió, aunque los labios de Song se contrajeron en una mueca. La Tianxi parecía disfrutar mucho menos cuando ella misma recibía insultos accidentales.

“No puedo ser la que vaya contigo,” anunció con rigidez. “Mi nombre puede estar prohibido para la entrada, y si no es así, otros Tianxi podrían salir en respuesta a mi presencia — lo más probable es que me pidan que me retire, y tú te quedarías solo.”

Tredegar frunció el ceño.

“Sería un escándalo completamente distinto,” dijo Maryam con indiferencia. “A menos que, por supuesto, me pidas que asista como tu esclava.”

La observó con una sonrisa, una amabilidad superficial que no lograba disfrazar el ceño que se acentuaba cada vez más.

“No lo haría,” afirmó Tredegar.

“Inteligente,” respondió ella.

Así que no era completamente insensato. Quizá se debería albergar alguna esperanza en los esfuerzos prometidos de Song, aunque Maryam no iba a contar con que eso sucediera pronto. Su duelo de miradas fue interrumpido por una carcajada.

“Por supuesto, Lady Tredegar, sería un placer acompañarla esta tarde de refrescos,” musitó Tristan con tono perezoso. “Sabes cómo hacer que un hombre se sienta especial.”

Tredegar aclaró su garganta.

“Su ayuda sería muy bienvenida,” dijo.

“No se preocupe,” sonrió el hombre de ojos grises. “Apenas notarás que estoy ahí.”

Maryam se acercó un poco.

“Podría usar un abrigo de repuesto,” susurró.

“Intenta averiguar si hay una tienda de empeños,” susurró él en respuesta, “y si aceptan vajilla de plata.”

“¿Qué fue eso?” preguntó Tredegar, entrecerrando los ojos.

“Se preguntaba qué ponerse,” mintió Maryam sin pestañear.

“No estoy acostumbrada a la compañía de nobles,” añadió Tristan, fingiendo timidez.

Era como observar a un gato que golpea un recipiente de la mesa y luego pretende estar tan sorprendido como tú.

“Descubramos cuáles son las posibilidades entonces,” dijo la noble. “Vamos, Tristan, la vigilante de abajo debería tener algunas respuestas.”

El Sacromontano fue rápidamente convencido de unirse a la expedición, mirando con tristeza su bolso aún sin abrir, pero cuando giró la cabeza para mirar a Maryam, no fue compasión lo que le ofreció, sino algo con capucha, que silenciosamente fue un gesto. Él llevó los ojos al cielo, mientras Tredegar lo arrastró fuera poco después, y Maryam quedó sola bajo la mirada desaprobadora de Song.

“Maryam.”

“No voy a pedir disculpas,” dijo gravemente, “por mi austeridad.”

“Maryam.”

La Izvorica levantó las manos en señal de defensa.

“Es que, ¿para qué tener un ladrón si no le pedimos que robe cosas?”

Song suspiró.

“Si ustedes dos terminan en una meta,” dijo, “os dejaré allí hasta que comiencen las clases.”

Eso le pareció justo, admitió Maryam.

--

Tras guardar sus ropas en el baúl—de forma ordenada, aunque no tan meticulosa como Song, que alisaba y doblaba cada cosa que poseía—se quedó de rodillas junto a la cama, con los ojos cerrados. Sus extremidades le dolían, un dolor sordo que de alguna forma le instaba tanto a moverse como a permanecer inmóvil.

“Pensaba dar una vuelta por el puerto,” dijo Song. “¿Te gustaría acompañarme?”

“Pensaba en echar una siesta,” contestó Maryam.

El ceño de Tianxi se levantó.

“¿No lo hiciste en el barco?”

“Sigo teniendo sueños que no recuerdo,” admitió. “Y cuando despierto, estoy más cansada que cuando me dormí.”

“Necesitas un Prado,” dijo Song con seriedad. “Las ojeras que tienes empeoran cada día.”

La Tianxi no tenía razón, pero siempre existen reglas en torno a los Pra- dos. Maryam intentaría descansar primero en una cama adecuada y buscar orientación de un señalador. Podría ser alguna anomalía en el éter local lo que la estuviera afectando de esa manera.

“Ninguna experiencia así en el Dominion,” dijo Maryam. “Y no me gustan mucho los barcos, seguro que no ayudó.”

Una pausa.

“Te dejaré la habitación y la llave,” dijo Song, “pero debes contarme si tus molestias persisten.”

Maryam aceptó a regañadientes y, en cuestión de minutos, se encontró acostada en la cama. Se levantó solo para cerrar las persianas y enseguida enterró nuevamente su rostro en la almohada.

Cuando se despertó gimoteando, con un rastro de sudor recorriéndole la espalda y el corazón latiéndole con temor, no pudo evitar desear haber seguido el consejo de Song. Se cambió, limpiándose la cara y el cuello en el lavabo primero, y cuando bajó las escaleras, descubrió que en el escritorio ya no estaba la capa negra. Una pequeña charla le permitió deducir que había estado durmiendo al menos tres horas, aunque su cuerpo adolorido no podía confirmarlo.

Dejó la llave en el escritorio para Song al regresar, y luego decidió seguir el consejo de su capitán. El hombre en el mostrador le indicó la dirección del capítulo de Akelarre, aunque era vaga y admitió no haber ido allí nunca. No le costó mucho, pues una simple indicación era suficiente: los edificios de los capítulos siempre tenían muros altos, lo bastante que sobresalían entre las construcciones circundantes. Maryam tuvo que deambular un tiempo, con miradas y susurros que la seguían a dondequiera que iba, pero tras unos minutos caminando hacia el oeste, encontró lo que buscaba.

La mayoría de los capítulos estaban contruidos de la misma manera: una fortaleza cuadrada, robusta y gruesa, con una única entrada en el extremo de una rampa estrecha que alcanzaba la mitad de la altura del muro. Esto dificultaba ingresar o salir con facilidad, pero la Hermandad valoraba el secreto por encima de la practicidad. Los Navegantes no habían sido los principales practicantes de la hechicería de las Tinieblas durante quinientos años por descuido con sus secretos. Aquí, la estructura era de granito, y todas las viejas casas que la rodeaban habían sido demolidas hasta convertirse en escombros, como si quisieran impedir cualquier cobertura.

Respirando profundo, Maryam atravesó la rampa y pasó por las puertas abiertas del capítulo.

No había escritorio de escritura ni registros, ni siquiera tinta para pluma. La habitación cuadrada, cubierta con baldosas de obsidiana en matices sutilmente diferentes, contaba con un banco a cada lado y una puerta abierta más allá de ellos. Nada en absoluto impedía que Maryam atravesara sin reparos, salvo un hombre de mediana edad sentado con las piernas cruzadas en el banco de la

izquierda, leyendo un libro. Lierganense, dedujo por su piel, y aunque su cabello era largo y salvaje, su barba estaba cuidadosamente recortada.

No levantó la vista al entrar, distraído en la lectura.

El hombre no llevaba capa, pero vestía el uniforme habitual: túnica, pantalones y botas, y a un lado, un pequeño cuchillo atado a la cintura. Sin distintivos de oficiales bordados en los hombros, pero Maryam quedó inmóvil como una piedra cuando sus ojos se detuvieron en su mano izquierda. El anillo de sello en su dedo era de plata. La Hermandad de Akelarre tenía rangos, pero los que realmente importaban no estaban en la vestimenta. El anillo de sello era lo que indicaba tu posición; un anillo de plata significaba que eras un Maestro en la Hermandad de Akelarre.

No era de extrañar que el hombre no tomara en serio su tarea de custodiar la entrada. Si se hubiera tomado la molestia de preparar la sala con Signos, podría haberle anulado la mente sin siquiera levantar la vista del libro. Curiosa por saber qué podría estar leyendo un significador tan hábil —quizá un estudio de metafísica o algún antiguo libro de lore—, arriesgó una mirada al título que apenas se vislumbraba en la portada. Era...

‘La Dama del Señor del Girasol’.

Maryam soltó un pequeño suspiro. Una novela romántica. Y una de esas baratas y vulgares, además, de esas que los vigilantes parecían tan ansiosos de intercambiar como el licor y los chismes. Al escuchar su decepción, el hombre finalmente levantó la vista del libro.

“Maryam Khaimov,” dijo, con ojos oscuros llenos de conocimiento. “¿Vienes por el Clarillo?”

Ella parpadeó sorprendida. ¿Realmente había tan pocos estudiantes Navegantes en la isla que él la reconociera—o te engañé, Khaimov? Sea cuántos Navegantes hubiera, ella sería la única Izvorica. Por supuesto que la había reconocido.

“Por la noche,” aceptó.

El hombre asintió.

“Conoces las reglas,” dijo el Maestro, con la mirada ya puesta en su libro. “Los que no llevan guantes reciben solo una noche cada cinco días. Y si te quedas, no podrás evitar sentarte junto al Capitán Yue esta vez.”

El ceño de Maryam se alzó.

“¿Esta vez?”

Los ojos del hombre de capa negra dejaron de moverse por la página. Levantó la vista, con el rostro serio mientras observaba su expresión en busca de algo. Sea lo que fuera, no pareció encontrarlo.

“¿Cómo me llamo?” preguntó.

“Nunca lo mencionaste,” respondió Maryam con franqueza.

Sus labios se estrecharon.

“Sí lo hice,” replicó el Maestro. “Cuando viniste por primera vez, hace dos horas.”

La mujer de ojos azules quedó inmóvil.

“Yo,” empezó, luego tragó saliva. “Estaba durmiendo en mi habitación. No puedo haber estado aquí.”

A menos, por supuesto, que el Eclipse llegara antes de lo esperado y simplemente no recordara. Sería ridículo, apenas había ocultado un órgano, pero... Ridículo no era imposible, y su ocultación era inusual. El hombre de cabello alocado cerró su libro de un golpe, levantándose de un salto.

“Necesitas que evalúen tu ocultación de inmediato,” dijo. “Yue tiene el Clarillo, sígueme.”

Maryam tragó saliva, con la boca seca, y asintió con modestia. El hombre hizo un gesto con la muñeca detrás de ellos, Gloam corría por las losas de obsidiana en gruesas corrientes y formaba un Signo colgado en el vano de la puerta de la sala capitular. No era un Signo que ella conociera, pero Maryam podía sentir su pulsante malevolencia sin siquiera invocar su nav.

“Vamos,” dijo el hombre. “Y antes de que uno de los dos olvidemos—”

Él se cruzó con su mirada.

“Mi nombre es Baltasar Formosa. Resuélvalo en su memoria, pues seré su profesor en las clases de Akelarre.”

--

Clarillo, en contra de lo que esperaba la mayoría fuera de estos muros, era exactamente lo que el nombre implicaba: un pequeño prado de hierba verde con un riachuelo que lo atravesaba.

La mayoría de las salas capitulares utilizaban flores y hierbas de los terrenos circundantes, y no había una regla estricta sobre qué debía contener, salvo que debía vivir y que debía haber agua fluyendo. Maryam había conocido salas que convertían sus Clarillos en jardines medicinales o en huertos de especias, pero la capitana Yue claramente prefería que la naturaleza siguiera su curso. La tierra aquí era de hierba espinosa y flores silvestres, helechos crecidos que obstaculizaban el borde de un pequeño riachuelo tintineante. Las enredaderas en la pared se enterraban en la piedra, como dedos buscando una debilidad.

El único signo de orden eran los pequeños colchones colocados a ambos lados del río, con sábanas bien tendidas y almohadas en su sitio. Maryam se permitió un ligero anhelo al ver aquello, pero controló su impulso, porque quizás había llegado a descansar pero ahora el propósito había cambiado. El profesor Baltasar la había guiado rápidamente por los pasillos estrechos de la sala capitular y ahora la llevaba directo a una mujer sentada con las piernas cruzadas en la hierba.

La capitana Yue apenas parecía tener treinta años, aunque podía ser difícil de decir en Tianxi. Era de hombros anchos pero de figura delgada, con cabello negro recogido en una trenza del lado izquierdo de la cabeza, casi cubriendo las aterradoras cicatrices de quemaduras en su mejilla y oído. Su abrigo negro estaba abierto, dejando ver una blusa blanca y holgada, y sus botas habían sido lanzadas sin cuidado a sus espaldas. Ella respiró lentamente y abrió unos ojos marrones curiosos, sin necesidad de que le indicaran que se acercaba.

"Baltasar," dijo ella, con una voz suave como la seda. "Traes ante mí a nuestra última discípula descarriada."

El profesor gruñó.

"Eso habrá que verlo," dijo él. "Me acaba de decir que nunca me ha visto antes. Aparentemente, estaba durmiendo en su habitación cuando la vi antes."

La capitana Yue inclinó la cabeza a un lado y Maryam se enderezó bajo su mirada, sin estar muy segura de por qué sentía la necesidad. Sintió una tensión en el ambiente, un peso, pero no se atrevió a enviar su nave. La capitana lucía plata en el dedo anular, podría muy bien sofocar la imagen de su espíritu sin darse cuenta. La navegante mayor dejó salir un susurro.

"No está poseída," finalmente dijo la capitana Yue. "¿Sus emanaciones han variado durante el trayecto?"

"Estables," respondió el profesor Baltasar.

"Entonces, me habéis traído algo interesante," dijo la Tianxi con alegría. "Siéntate conmigo, Maryam. Vamos a descubrir si ya estás enloqueciendo."

El hombre bronceado se inclinó más cerca.

"Procura no interesarla demasiado," susurró. "No es maliciosa, pero su curiosidad puede ser... insensible."

La izvorica asintió lentamente. El profesor se fue con esa advertencia, sin ofrecer más que un asentimiento aludir, que ella desestimó con superficialidad. Maryam permaneció allí un momento, torpe, antes de aclarar su garganta y sentarse junto a la otra mujer, como se le había ofrecido. La capitana Yue le extendió la mano, que Maryam tomó a regañadientes. Su estómago se contrajo.

"Relájate," dijo la capitana. "No tomes el control de tus logos, incluso si no lo mueves."

Respiró hondo, soltó el aire, y entonces la nave de la capitana Yue —los logos, como las llamaban los navegantes— se apoderó de su piel. Era como la lengua de un gato, áspera y cálida, que ascendía por su brazo examinando cada centímetro. Subió hasta los hombros, luego a la cabeza, donde permaneció mucho tiempo, y bajó por el otro brazo y el resto de su cuerpo hasta la planta de los pies. Cuando la capitana Yue finalmente retiró su nave, Maryam quedó sintiéndose expuesta, como un nervio al descubierto.

"No ha habido brechas en la contención," le informó la capitana Yue. "En breve, tu cerebro estará completamente velado, así que empieza a considerar qué órgano será el siguiente, pero no hay nada que cause una manía repentina."

Maryam soltó un suspiro lento y aliviado.

"Es realmente fascinante, ver a alguien que empezó por su cerebro," musitó la Tianxi. "No es algo único, claro, pero que hayas logrado hacerlo antes de la pubertad sin enloquecer violentamente es muy impresionante."

La izvorica cerró la boca, mordiendo la respuesta de que esa era la tradición en su tierra natal y que su madre hacía lo mismo. Le habían advertido que no atrajera la atención de esa persona.

"Tu expediente menciona un bloqueo en las manifestaciones," continuó la capitana Yue. "¿Cómo te va con los Didácticos?"

"No logro que funcionen en absoluto," admitió Maryam, y agregó defensivamente: "pero he tenido algunos éxitos con los Analógicos."

La Tianxi susurró.

"Será difícil saber si has estropeado tus logos de alguna forma o si hay un elemento mental detrás de tus dificultades hasta que comiences a velar un segundo órgano," dijo Yue. "¿Has planificado tu viaje en ese sentido?"

Viaje, así es como la Gremio lo llamaba. Una palabra bonita, pero su significado real era 'muerte'. Gloam era un veneno que te mataría, tarde o temprano, te enloquecería y te vaciaría por dentro. Solo los antiguos practicantes fundadores de la Gremio Akelarre descubrieron el proceso de la ofuscación, y eso cambió todo. Usar Gloam solo dispersaba el daño por todo tu cuerpo, saturando lentamente con pocos signos externos hasta que surgía de repente una manía.

Sin embargo, obscurar consistía en saturar una sola parte de su cuerpo con la Gloam.

No solo permitía que un signoizador concentrara mucho más Gloam en un órgano que debería ser imposible, sino que además mejoraba notablemente la capacidad de manipulación — y, dependiendo de qué parte hubiera sido obscura, se adquiría cierta afinidad con alguna de las Artes. Maryam había obscurado su cerebro, lo cual le sería de ayuda para los Signos Autárquicos. Aquellos confinados en el signoizador, enfocados en la mente.

La mayoría de los Navegantes nunca obscuraban su cerebro. Era una tarea difícil, peligrosa y se rumoraba que podía causar... inestabilidades, especialmente si se realizaba al inicio de la carrera. Y, claro está, eso era cierto, pues el maestro de Maryam nunca le ocultó qué era la obscuración, cuando se despoja de las apariencias místicas. Lo llamaba el vaciamiento controlado de una parte del cuerpo. Nos convertimos en oscuritos, pedazo a pedazo. Maryam tembló al recordar y pasó su lengua seca por los labios.

—¿Si no es un episodio de manía, qué puede explicar que el Profesor Baltasar me haya visto antes?  
—preguntó.

—Tolomontera se encuentra en la cima de uno de los mayores pozos de éter de Vesper —dijo la Capitán Yue, con tono satisfecho—. Los sucesos extraños no solo son probables, sino que se esperan.

Hizo una pausa, pensativa.

—¿Quizá tu presencia llamó la atención de alguna entidad en el éter? —sugirió—. O tal vez fue un reflejo de ti en otra época, o incluso una parte de tu alma fortalecida por entidades de nivel inferior.

La capitán se mostró cada vez más interesada en el tema, con los ojos brillantes.

—No puedo esperar a descubrirlo, —exclamó Yue con entusiasmo—. Imaginar que tendría la suerte de que me entregaran un enigma tan fascinante en tan temprano momento del año.

La frialdad curiosa, la había llamado el Profesor Baltasar. La percepción de Maryam respecto a su juicio se intensificó. Tal vez algo de ello quedó reflejado en su rostro, pues el entusiasmo de la capitán pareció menguar visiblemente.

—Pero ya te he retenido bastante, —dijo la Capitán Yue—. Escoge la cama que prefieras, Maryam. La Pradera está abierta a todos.

Agradeciéndole cansadamente a la otra oficial, Maryam se levantó. Escogió la cama más alejada de la capitán, y allí se acurrucó bajo las sábanas sin siquiera quitarse las botas. Con la cabeza sobre las almohadas, sintió cómo el pasto a su alrededor respiraba y el agua fluía — las corrientes del mundo calmadas, la oscuridad inminente mantenida a raya.

Se quedó dormida en instantes, y fue la mejor noche de descanso que había tenido en meses.